

**Siempre seremos los mismos niños
de codos cenizos**



**Antología de becarios del
Centro de Creación Literaria Universitaria 2020**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Primera edición, 2020 (UANL)

Germán Jesús Chávez
Donnovan Yerena
Aricko Carrasco
Ixchel Robledo
Osvaldo Ipiña

Siempre seremos los mismos niños de codos cenizos. Antología de becarios del Centro de Creación Literaria Universitaria 2020
59 páginas ; 14x21 cm.

Rogelio G. Garza Rivera
Rector

Santos Guzmán López
Secretario General

Celso José Garza Acuña
Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas
Director de Editorial Universitaria

Jessica Nieto
Edición

Nancy Saldaña
Formación digital

© Universidad Autónoma de Nuevo León

Padre Mier 909 pte. esquina con Vallarta, Monterrey, Nuevo León, México,
C.P. 64000. Teléfono: (5281) 8329 4111 / e-mail: editorial.uanl@uanl.mx
editorialuniversitaria.uanl.mx

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sin el permiso por escrito del editor.

4 ◀ Presentación

Ya verás

6 ◀ Germán Jesús Chávez

Selección de *Los peces que nunca serán pescados*

12 ◀ Donovan Yerena

Selección del libro *Cachorros muertos*

23 ◀ Aricko Carrasco

Cuarentaino

37 ◀ Ixchel Robledo

Fragmento de *La debilidad de la memoria*

47 ◀ Osvaldo Ipiña

56 ◀ Becarios y becarias del Centro de Creación Literaria Universitaria

PRESENTACIÓN

A mediados del 2018, y continuando con las indicaciones de nuestro rector, el Mtro. Rogelio Garza Rivera, de crear y alentar espacios para la cultura, en la Dirección de Editorial Universitaria nos vimos inmersos en una serie de estrategias y acciones que tenían como fin acercar la lectura y la literatura a los estudiantes universitarios. Una de esas estrategias tenía como finalidad ofrecer talleres de creación literaria en el sistema de educación media y también en el superior.

Como resultado de esas acciones descubrimos el gusto de muchos estudiantes universitarios por la escritura de cuento, novela y poesía, interés que exigía un acercamiento distinto de parte nuestra. La UANL ha tenido, desde hace ya 26 años, en el Certamen de Literatura Joven Universitaria un semillero de creadores; muchos de los alumnos ganadores incluso son ahora representantes importantes de las letras no solo de nuestro estado sino a nivel nacional... pero ¿hacía falta algo más?

La respuesta llegó justo de la mano de los talleres y del deseo de encontrar y buscar a esos creadores que pudieran necesitar un acompañamiento. Así surgió a finales del 2018 el Centro de Creación Literaria Universitaria, que incluye una beca anual que apoya económicamente a los alumnos seleccionados, un taller durante el cual deben terminar un proyecto de escritura, así como las invitaciones y facilidades para que cursen los diplomados de creación literaria que se ofertan en la Casa Universitaria del Libro UANL.

Este año, singular por sus características a causa del COVID-19, obligó a que los becarios tuvieran sesiones vía digital, y parte del resultado de su trabajo se muestra en esta primera antología, *Siempre seremos los mismos niños de codos cenizos*, en donde encontrarán una muestra de las estupendas plumas de Ixchel Robledo, Aricko Carrasco, Osvaldo Ipiña, Germán Jesús Chávez y Donovan Yerenna.

Desde el relato fantástico, la novela con tintes históricos, la búsqueda del padre, la introspección ante la muerte y el retrato de las tierras dejadas atrás, les invito a que conozcan el trabajo de estos jóvenes autores de nuestra universidad; como Institución estamos seguros que este año será fundamental en su formación como escritores y escritoras de nuestra Universidad y que, pasado cierto tiempo, con sus primeros libros ya publicados si desean permanecer en este camino, podrán a su vez acercarse a otros universitarios para invitarlos a que sigan escribiendo, que hagan tradición e historia.

Antonio Ramos Revillas

Director de la Dirección de
Editorial Universitaria UANL

Germán Jesús Chávez

Mientras su hijo jugaba en los columpios, Cristina se esforzaba por mantener la calma. Incluso a plena luz del día, rodeada de las risas y el encanto de los niños, le resultaba difícil sentirse segura en ese parque. Apretaba con fuerza su bolso para controlar el temblor de sus manos; cada minuto se hacía más difícil aguantar las ganas de levantarse y correr con su pequeño Sergio entre los brazos. Lograba resistir aquel impulso solo con pensar en la cara de decepción que tendría su esposo si regresaba a casa tan rápido. Ya iba siendo hora de volver a su vida, cinco años deberían ser suficientes para poder disfrutar de la belleza de un parque como una persona normal; era momento de dejar algunas cosas atrás, por más que doliera.

A cinco metros de donde Cristina estaba sentada se encontraba la caja de arena donde hallaron muerta a su hermana; de su sobrino, Alberto, ya no se supo nada.

Nunca vio las fotos de la escena del crimen, tampoco llegó a ver el cuerpo, escuchó solo lo que necesitaba: a Fernanda la habían matado a pedradas. No fueron explícitos con los detalles, pero el hecho de que el funeral tuviera que ser con tapa cerrada fue suficiente para que Cristina llenara los huecos de su imaginación con imágenes grotescas. Le dolía mucho no haber podido ver por última vez la cara de su hermana, sin embargo, sabía que de haberlo hecho se hubiera arrepentido.

Lo poco que pudieron decirle sin darle detalles sobre el asesinato fue que probablemente se trataba de una pandilla, la manera en que las heridas recorrían el cuerpo indicaba que hubo múltiples atacantes. Desgraciadamente no había mucho que pudieran investigar, no pudieron encontrar ningún testigo, y las rocas que fueron utilizadas eran las que decoraban el parque, por lo que tampoco podían rastrear el arma homicida hasta sus dueños. No había ningún hilo que seguir, no había posibles sospechosos, ninguna camioneta fuera de lugar, ningún rastro de sangre, tampoco ninguna huella. Fernanda estaba muerta y Alberto se había esfumado, esas eran las únicas dos certezas.

El viudo gastó miles de pesos en anuncios y pancartas para ubicar a Alberto; llegó a ser noticia nacional, pero después de dos años el público perdió interés, y su voz se quedó atrapada en el eco de otros cientos de personas que reclaman ver a sus hijos cada año. La búsqueda acabó con gran parte de sus ahorros, al final tuvo que mudarse de vuelta a casa de su madre. De vez en cuando mandaba un correo a Cristina con actualizaciones sobre la investigación, después las actualizaciones se fueron convirtiendo en teorías, y las teorías en conspiraciones, que terminó por crear un blog sobre operaciones secretas del gobierno y círculos internacionales de tráfico de niños. Se quedó encerrado en su propio mundo, donde prefería vivir a costa de mitos y leyendas para evadir una realidad inadmisibile.

Cristina nunca tuvo esperanza de justicia. Desde que escuchó la noticia solo fue capaz de quedarse en cama todo el día, con el peso de la realidad encima. A veces recibía un mensaje y alucinaba con el nombre de Fernanda en la pantalla del celular, al parpadear las letras volvían a su orden natural, como si sus ojos le hubieran jugado una broma pesada.

Lejos de tener pesadillas, tenía sueños vívidos donde hablaba con Fernanda y le platicaba todo lo que le había sucedido en la semana; los sentía tan cercanos y reales que pasaba tardes enteras con los ojos cerrados en busca de aquellas felices reuniones, pero solo parecían llegar en la noche, siempre terminaban igual:

—Sergio y yo te extrañamos mucho, todavía me pregunta por Alberto...

—Alberto está bien, muy pronto podrán jugar juntos, ya verás.

—¿Cuándo?

—Ya verás.

Siempre despertaba y buscaba el número de Fernanda para intentar escuchar su voz, no era hasta que la mandaba a buzón que recordaba que todo había sido un sueño. Entonces ahogaba un llanto y bajaba a preparar el desayuno.

Sergio apenas era un bebé cuando murió Fernanda, ahora tenía seis años, y tenía más energía que nunca. Era más difícil tratar de explicarle porqué su mamá no quería ir al parque.

—Ándale mamá, ven conmigo, papá dice que no puede.

—Ya sabes que no me gusta ir al parque, vas otro día que tu papá esté libre.

—¿Pero por qué no? Ándale, vamos.

¿Había alguna manera de explicarle que cada que pasaba por el parque tenía que aguantarse las ganas de llorar? ¿De decirle que no podía voltear a ver los juegos sin imaginarlos manchados de sangre? ¿Acaso entendería que temía por la vida de su hijo cada que salía a jugar con su papá? Ni siquiera hablarlo con su psicólogo le había ayudado a controlar su pánico, y no era solo ese parque en específico lo que la quebraba, el miedo se había contagiado a cualquier lugar similar; la simple presencia de un columpio la hacía sentirse nerviosa.

—Ándale mamá, porfis.

—Otro día vamos, otro día vamos —dijo sin saber realmente qué tan lejos estaba ese otro día.

—Siempre dices lo mismo...

La tristeza en la cara de su hijo fue el motor que necesitaba para hacer frente a su miedo. Estaba harta de sí misma y de su cobardía, ya no dejaría que la tragedia le quitara la oportunidad de vivir felices momentos con su familia. Entonces se armó de valor y empezó un proceso de enfrentamiento con su esposo, que la llevaba al parque paso a paso, cada vez más cerca, hasta poder

superar el límite del día anterior. Conquistar la escena del crimen sería el logro que le permitiría estar en paz. A los tres meses Cristina ya era capaz de permanecer diez minutos sentada en el parque sin entrar en una crisis (solo si tenía a su alcance la mano de su esposo). Su esfuerzo empezó a rendir muchos frutos, hasta el punto de que su esposo se decidió por plantearle la prueba final.

—Hoy vas a salir al parque sola con Sergio, yo me quedo aquí y te espero, yo sé que podrás aguantar al menos veinte minutos.

—No estoy segura Martín...

—Yo sé que tú puedes.

Cedió, no sin antes tomarse unas pastillas, poner el gas pimienta en su bolso y hacer una oración. Aún con todas sus preparaciones tardó en empezar su recorrido, sus pies parecían enraizados en el umbral. Sergio la jaló de la mano emocionado, con eso le bastó para zafarse.

Ahora sentada en la banca, viendo a su hijo, intentaba conservar la calma. A pesar de la cantidad de gente en el parque, no podía evitar pensar que algo estaba mal. El aire más que darle sustento la hacía sentir asfixiada, y las sombras de los árboles eran territorio peligroso y oscuro, donde se ocultaban terribles criaturas listas para atacar; hasta el sonido de los bichos y el canto de los pájaros se distorsionaban convirtiéndose en una alarma que encendía todos los sentidos. “Solo es el miedo, al rato se te pasa”, se dijo mientras buscaba maneras de distraer su ansiedad. La meta de los veinte minutos se sentía lejana, con los segundos haciéndose cada vez más lentos. Lo que la hizo relajarse fue ver a un niño pequeño agarrado de la mano de su madre, caminando frente a ella desde el otro lado del parque, acercándose cada vez más. Observar a aquella señora le dio un sentimiento de seguridad, como si su presencia le confirmara que era seguro estar ahí, le daba un aire de confianza y armonía, una sensación de familiaridad. Algún día ella sería esa madre que pasea por el parque con su hijo sin miedo. Ya podía notar su cuerpo relajarse, las manos que sostenían el bolso ya no tenían tanta fuerza, los gritos de los niños ahora eran como una dulce melodía...



Solo hizo falta el sonido de una voz para romper con la armonía. Le tomó menos de un instante reconocerla. Quedó paralizada.

—¿Mamá? ¿Quién es esa señora que se nos queda viendo?

Era Alberto, sonaba igual, se veía igual, como si el paso del tiempo le fuera indiferente; era el mismo niño que alguna vez estuvo en todos los carteles y pancartas de la ciudad, ahora estaba frente a Cristina, refiriéndose a ella como una extraña, mientras agarraba con confianza la mano de una total desconocida. El alivio y felicidad que alguna vez imaginó experimentar al verlo fue reemplazado por un terror monstruoso, había algo diferente en Alberto, algo que no se alcanzaba a ver, pero se sentía como sal en una herida.

La mujer que sostenía su mano se detuvo en seco, al mismo tiempo que lo hizo, el parque murió.

El ruido de los pequeños que jugaban fue reemplazado por un silencio que lo comía todo. Los niños se habían detenido y miraban fijamente a Cristina. Ella les devolvía la mirada y veía que en sus rostros no había ninguna emoción. Esperaban. No fue hasta ese momento que Cristina se dio cuenta de lo que la había hecho sentir tan rara e insegura: aparte de la desconocida que sujetaba la mano de Alberto, ella era la única adulta en el parque. El ruido fue un distractor que le dio un falso sentido de compañía, la realidad es que había estado sola.

Incluso Sergio se había detenido, alcanzó a ver una expresión en su rostro que la desconcertó, estaba sonriendo. Era la misma mueca que hacía cuando estaba a punto de hacer una travesura. Cristina empezó a temblar otra vez. La mujer que llevaba a Alberto de la mano volteó a verla, llevaba un vestido decorado con flores rojas y unos guantes blancos que ocultaban lo que parecían ser dedos largos. Su rostro estaba cubierto por una cascada de pelo rubio y brillante, a pesar de esto, Cristina podía sentir su mirada atravesarla. Una corriente de aire levantó la cabellera de la desconocida, dejando a la vista su rostro escondido.

Cristina estaba a punto de gritar ante aquella horrible revelación cuando un objeto golpeó su quijada, el dolor del impacto la hizo

despegarse de la banca y mirar hacia el pasto, que había sido salpicado con un fuerte color rojo.

—¡Mamá, le atiné! —dijo a la desconocida una pequeña niña rubia con el pelo en cola de caballo, mientras se agachaba para buscar otra roca más pesada.

La mujer del vestido de flores se acercó a la niña y le acarició el pelo con cariño, felicitándola por su gran puntería. Alrededor de Cristina se escuchaba el sonido de pasos sobre el pasto, los demás pequeños se apresuraban a buscar su propia piedra, ellos también querían unirse al juego.

Cristina quiso decir algo, pero la mandíbula le colgaba, la sangre le escurría de los labios en delgados pero largos hilos de sangre. De su boca no salían más que unos tristes balbuceos. Observaba horrorizada a los niños tanteando el peso de las rocas, mientras tarareaban una bella melodía, con la tranquilidad de aquellos que arrancan flores del campo. Sergio también se unió a la búsqueda por el proyectil ideal. Cristina se paró e intentó correr de vuelta a casa. No alcanzó a dar ni cinco pasos cuando un golpe en la nuca la detuvo en seco. Sergio lanzó un grito de victoria mientras Cristina se desplomaba sangrienta sobre el pasto. Todavía estaba consciente cuando los demás niños empezaron a lanzar. Lo último que vio antes de desvanecerse en el suelo fue cómo Alberto se inclinaba junto a Sergio para ayudarle a escoger otra piedra; en la oscuridad alcanzó a escuchar las risas y el canto de los niños, que se divertían con ella bajo la mirada de su nueva madre.

SELECCIÓN DEL LIBRO:
LOS PECES QUE NUNCA SERÁN PESCADOS

Donnovan Yerena

HUBIERA BARRIDO EL POLVO

A mi abuela se la llevó el polvo. Estoy seguro porque es traicionero y la escondió antes de que llegara a casa. Ese martes fue día de mercado, le ayudé a cortar los mangos bien tempranito. Le gustaba llevarlos frescos. Es para que huelan rico y se acerquen a comprarme a mí, decía. La verdad le funcionaba porque a nadie se le vendían mejor los mangos que a la abuela. Todos los martes cuando terminaba de vender, se regresaba a cenar y a veces me traía guayabas verdes que se encontraba tiradas.

Si la abuela hubiera llegado, la hubiera regañado y seguro ella me habría explicado que se quedó platicando con la señora del queso de Huetamo, o con los diableros que siempre le ayudaban a guardar su puesto. Hubiera justificado su demora, no se hubiera quedado en el intento de explicar.

Nunca se había tardado tanto, yo me senté a esperarla en la silla del abuelo. Mi preocupación se acumulaba en el espacio que quedaba entre mi espalda y el respaldo. ¿Qué hubiera hecho el abuelo si estuviera ahí? Me gusta creer que hubiera salido a buscarla hasta debajo del pasto, sobre los techos o entre las bancas de la iglesia. Pero no. El abuelo se murió. La abuela me dijo que se había puesto malo de la panza y ya no se le quitó. Se llevó las tripas hinchadas a la tierra con él. Me cuesta trabajo creerle,

¿cómo se muere uno de un dolor de panza? Pero bueno, los meses sin él fueron diferentes.

En el mercado no preguntaron mucho por él. La abuela nunca decía nada. Está malito nomás, pero deje que se recupere y ya va a regresar. No se cansaba de decirle a todos que el abuelo regresaría, prometiendo que llevaría más mangos la semana entrante y disculpándose cuando no pasaba. Yo no podía culparla, el abuelo era su esposo desde que era chamaca. Se acostumbró a su compañía. Cuando llegaba con la mirada triste, se sentaba a conversar con la silla del abuelo. Ella en el suelo, nunca sobre ella. ¿Por qué no te sientas en la silla abuela? Sin siquiera mirarme me decía: Dieguito, al abuelo no le hubiera gustado. Hubiera. Entre tantos hubiera existen tantos quizás, querer de más y a veces alguna zozobra; pero el abuelo ya no hubiera nada.

No había sido consciente de su partida hasta ese momento, hasta que estuve sentado donde disfrutaba ver por la ventana. ¿Tú también lo extrañas? La silla ignoró mi pregunta, quizás la sofocaba con mi peso así que me paré. Y bien, ¿lo extrañas? No te enojés, seguro la abuela entendería. ¿Sabes dónde podría estar? Bien, yo tampoco.

Recordé aquellos días repletos de tanta preocupación. El abuelo sembrado en el panteón, como si fuera otro árbol de mangos. ¿De qué me sirve que estés ahí abajo, viejo? Yo te necesito acá arribita conmigo, cortando los mangos, no comiéndotelos. Te vas a empachar. La abuela también le hablaba a la tumba del abuelo. No lloraba porque pensaba que si sus lágrimas caían a la tierra, regaría alguna semilla y crecería otro árbol de la panza del abuelo y ella apenas y podía con los que tenía.

Abuela, no te preocupes, yo te voy a acompañar a cortar los mangos. Estaba en la azotea, cantando con Nenu y Nino, sus pájaros amarillos. Siempre que quería llorar subía con ellos, decía que ellos le quitaban la desesperación... ¿Abuela? Ella me volteó a ver y con los cachetes húmedos me besó y nos quedamos observando a los pajarillos comiendo alpiste. Desde ese día sólo fuimos ella, yo y los mangos.

Ustedes podrían ir a buscarla, seguro la extrañan tanto como

yo. Desde que la abuela no está Nenu y Nino ya no cantan, no me platican nada y no quieren ni escucharme. La abuela les hubiera cantado una canción, la misma que les cantaba siempre pero yo no la recuerdo. Les tarareo la melodía cuando les llevo comida pero parece que solo quieren escuchar la voz de la abuela. Yo también. Ahora la jaula se había convertido en un cuadro inmóvil, con dos manchas amarillas en el medio. Dejé la puerta de la jaula abierta para que fueran tras de ella.

Las tazas también sufrieron por ella. No tenía favoritas. Cada día usaba una diferente, las besaba con cada sorbo y por las noches las abrazaba con jabón y agua. Ahora se resecaron tanto que se comenzaron a despostillar. La abuela las hubiera regañado y seguro las componía con un atole caliente. Pero no, yo no sé hacerlo. Recuerdo que un día molió unas galletas marías y se las echó a la masa. ¿Para qué haces eso, abuela? Calla y verás, Dieguito. Tu abuela prepara el mejor atole de galleta del mundo. Cuando lo sirvió, lo repartió en dos tazas y no quedó ni una sola gota.

Los días se me encimaban como costales pesados. Cualquier sonido me recordaba a ella, como si pudiera encontrarla en los tejados golpeados por la lluvia o en el carraspeo de la banqueta con el frenesí de tantos pies que levantaban nubes y nubes de polvo que se terminaban por meter a la casa. A veces salía a gritarle, a exigirle que me devolviera a mi abuela. Lo pisoteaba con mucho coraje, pero más se elevaba, burlón.

El día que se fue, me metí en su cuarto buscando partes de ella. Encontré su rebozo azul y sus huaraches para cuando vamos de cosecha. La silueta de sus pies seguía marcada en la suela. Me los puse, aferraba mis dedos a ellos para que no se desprendieran. ¡Vamos, llévenme con ella! ¡Muéstrenme el camino! Pero nada que me hacían andar, se quedaban tan quietos como mi corazón, que apenas latía. Me recosté en su cama, me envolví en su rebozo y me eché sobre la hendidura del colchón. Me quedé dormido dentro de ella.

En el tendedero se quedaron las sábanas de su cama. La lluvia les dibujó manchas que a la abuela no le hubieran gustado. A ella le gustaba que estuvieran siempre limpias. Dedicaba un domingo cada

dos semanas a lavarlas. Las dejaba tan blancas que cualquier vaca recién nacida se vería percutida en comparación. Cantaba canciones mientras embarraba jabón con sus manos y tallaba con fuerza. Parecía que sus brazos bailaban al ritmo de su voz. Cuando tendía la última, sacaba un banco y se sentaba frente a ellas. Disfrutaba de comparar las suyas con las de doña Cami, que repetía el mismo ritual cada quincena. Mira Diego, yo sí tengo la conciencia bien limpia. Imagínate a la Camila. Ay no, qué bárbara.

Tan bonito contraste que hacía tanta blancura con la piel negra de mi abuela. De repente se paraba frente a ellas. Mira mijo, qué bonito contraste les hacemos. Y es que siempre decía eso, nuestra piel como una alegoría a lo diferente. Sus trenzas blancas le resaltaban las arrugas de la cara, pero ella sonreía cada vez más.

Destendí las sábanas. Las doblé cuidadosamente como la abuela lo hubiera hecho, las puse sobre el lavadero. Espérenla ahí, no se vayan. Cuando voltee mis ojos se encontraron con los suyos. Tras la ventana, Camila me espiaba. Le sostuve la mirada sin moverme. Salió por su angosta puerta y se recargó al borde de su azotea, tan cerca como para que pudiera oírla. Tu abuela no hubiera dejado las sábanas en el lavadero empolvado, Dieguito. Mételas a tu casa mejor porque sino... pfff... ugh... ummm.

Es el polvo doña Cami, métase mejor. En esta casa se junta más de lo que debería, de seguro es porque mi abuelo dejó muchas grietas en las paredes cuando la construyó. Mi respuesta la sorprendió tanto como a mí. La abuela seguro me hubiera dicho que hablar de los muertos es de mala educación. Espero que me perdone.

Metí las sábanas y las guardé bajo su cama. Hacía mucho frío, así que regresé por la jaula para que los pájaros durmieran dentro, que me hicieran compañía. Pude ver que la puerta seguía abierta, parecía que no había nada dentro. Me acerqué para verla de cerca pero sentí un bulto debajo de mí. Entre el suelo y mi pie, estaba Nenu. A lado, Nino tenía los ojos muy abiertos hacia el cielo. Ambos estaban cubiertos de polvo, sus plumas se veían tenues y rígidas. Entre tanto gris, se asomaban sus picos naranjas. Hacían un contraste como ningún otro. Estoy seguro que a la abuela le hubiera gustado.

¡Yerbas, yerbas!

Pase por aquí, tengo la yerba que busca. Para la tos, la gripe, el riñón, problemas de presión, dolores de cabeza. Buenas buenas muchacho, dime. Así es, este es el local veintiséis. Y sí, yo soy doña Itzuri, te contaron bien. La mejor yerbera de toditito Michoacán. N'ombre mijo, pásale, ¿qué buscabas? Yo aquí te puedo conseguir la planta que gustes, de veras, la que sea, hasta las que no son de aquí. Pásale pásale, no te quedas ahí en el paso. Cuidado ahí con los huacales nomás. Eso eso, ya estás aquí. Ahora sí, dime, ¿pa' qué soy buena? A ver te paso este, siéntate. Ujum... Ya veo... Muy bien, pues mira, aquí hay de dos sopas. O te gastas chorros de dinero con medicinas y consultas, o me dejas ayudarte y te consigo yerbas que te ayuden con eso. Muy bien mijo, tú no te preocupes. Nomás decide.

Eso mero, así me gusta. Pues mira, para empezar hay muchas formas, pero yo siempre recomiendo que lleven romero. Por las mañanas una infusión calentita, lo más caliente que pueda tomarlo... Aaah ya no aguanta la comida caliente, ujum. Pues bueno, tibiecita, no hay problema. Luego con este aceite de flor de piedra le vas a frotar la parte baja del estómago. ¿O anda empachado? Híjole, no pues entonces esa no le va a servir. Mira, con esta flor. No, no es árnica, es cincogallas. Vas a poner a hervir agua en una olla de barro, pero debe ser de barro eeeh. Cuando ya esté hirviendo le echas seis flores de estas, las partes en cachitos pequeños. Ya cuando se colore el agua, le vas a poner una cempasúchil completa y un trocito de apio. Lo dejas que repose y se lo das antes de cada comida. Verás qué rápido se desempacha.

También te voy a dar estos pedazos de canahuala, con un trozo de este tamaño lo vas a hervir en un litro de agua y se lo das como si fuera el agua natural. No te espantes si hace como anaranjado, es normal. Y va a hacer más que de costumbre, de una vez te digo. Pero si le llegara a caer pesadito, con esta yerba de sapo le haces una infusión con menos de un litro, y que se lo tome, pero dejas de darle la canahuala.

Y bueno, te voy a hacer una pomada de toronjil y con esa puedes darle unos leves masajes en donde sienta los calambres, nomás que ya no tengo, voy a mandarla a traer. Pero bueno, con eso y con una dieta natural, verás qué rápido se compone. En dos semanas ven a verme para ver qué seguiría. ¿Qué te parece? Así es, por ahorita puedes darme un adelanto y ven en dos días por la pomada. Ah, no vives aquí en Morelia. Ummm, déjame pensar entonces de qué más puedo hacerte la pomada. No, la de árnica no le va a servir para eso mijo.

¿Cómo dijiste? ¿Que si tengo manto de San José? ¿Para qué quieres esa? Apoco sí está así de grave. N'ombre pues entonces todo eso no le va a ayudar en mucho. Ya cuando pasa así no hay mucho que hacer. Pero déjame buscarla, agárrame estas por favor. A ver ven, ayúdame a bajar esas bolsas de ahí. Es que como esa nunca me la piden, la tengo guardada. De hecho aquí no le dicen manto de San José, la conocen como esculcona. De veras que sí, por eso me dio harta curiosidad cuando me la pediste. ¿De dónde eres? Ah, Irimbo, ¡mi bello Irimbo! Sí mijo, yo también soy de ahí. De chiquilla me iba al campo con mi abuelo, por eso le sé tanto a esto, pero luego ya me vine para acá y hace muchos años que pues no voy para allá. ¿Cómo están los sembradíos? ¿Siguen igual de chulos y verdes? Uuuh. Pues era de esperarse... Pero bueno, ya empachamos el ambiente, ten esta bolsa.

¿Por qué esa cara? Tranquilo mijo, no era mi intención ponerte así de triste, ya estoy bien, no te preocupes. Nomás la añoranza que la golpea a una sin avisar ¿verdad?, pero todo bien. ¿Qué pasa mijo? Siéntate siéntate, hasta te cambió la carita. Discúlpame de veras. No llores, ay Jesús. Dios Santo, mijo no llores pues. ¿Te picó algo o qué?

¡Dime por favor que me espantas! ¿Qué dices...? ¿Por eso viniste aquí...? ¿Quién te mandó...? Pero... ¿cómo me conoce?

¿Hernández? ¿Patricio Hernández? ¡Ya decía yo que esos ojos los conocía, tienes la misma mirada que tu papá! Pero no entiendo por qué lloras mijo, nomás fuimos novios de chiquillos pero nada más.

Ay virgen santa, no me digas que es él el que... Qué horror, Dios mío, no no...

Ven mijo, llora. Déjame abrazarte.

Sácalo, no te quedes con nada... Mi buen Pato, no puede ser.

Todo va a estar bien mijo, te lo prometo. Ponte tranquilo, por favor. Déjame te digo algo muy serio, no debería de decir nada de esto pero, dadas las circunstancias me impiden quedarme callada...

Tengo una amiga, Tamharu. Vive en un pueblo delante de Pátzcuaro, como a veinte minutos. Ucasanastacua. Recuérdalo, o anótalo si quieres. Vas a saber que llegaste cuando el olor de cempasúchil te pique la nariz. Pregunta por ella, dile que vas de mi parte. Ella tiene con su esposo un plantío de una orquídea, la orquídea de la muerte. Son muy celosos con ella porque es maravillosa. Dicen que cura todo mal, que me van a hacer competencia porque disque hasta la muerte quita. Tendremos que comprobarlo.

Pero bueno, ¿te quedó claro? Espero que sí mijo, que no le hayas sacado lo bruto a tu papá. Tú no dejes pasar las oportunidades más bellas que se te ponen enfrente. Toma, llévate esto para que te vean salir con algo de aquí, luego la gente piensa mal de una yerbera soltera y con mal de amor.

MIEL DERRAMADA, JAMÁS RECUPERADA

—**P**a, ¿seguro que con esta lluvia no les pasa nada?

—N'ombre mijo, al contrario. Hasta es mejor porque sale más flor. Cuando llueve ellas no salen, se quedan en la caja. Lo único que puede pasar es que la corriente se lleve las cajas con los bastidores y ahí sí.

El hijo miraba los ojos de su papá por el retrovisor de la camioneta. Cuando los veía, con las cejas tan gruesas como las suyas, podía verse en ellos. Se imaginaba constantemente cómo sería si se miraran de frente, con los mismos ojos, el mismo rostro. Diferenciable apenas por los pliegues de piel en el rostro de su padre. ¿Explotarían de amor o se mirarían sin más? Sus manos eran parecidas también, largos dedos con uñas finísimas y simétricas. El mismo lunar en la mano derecha. El padre sostenía el volante con firmeza, seguro a pesar de la creciente lluvia que atenuaba la carretera. La pantalla de un celular se iluminó y el tintinar se hizo camino entre el pedante silencio.

—Bueno... Sí pues. Acá andamos, vamos a llevárselas a Chuy allá a las huertas de Peribán. Han de andar bien cansadas ya, hace rato que no zumban. Se me hace que el viaje las ha de traer medio atormentadas, pobrecillas. Ahorita que llegemos pues ya les damos de comer, igual y les hace falta eso también, pues. ¿Dónde andas tú? liiii vali, a mí me dijeron lo mismo la vez pasada. Mira lo que tienes que hacer es que... ¿Cómo dices? Ah no, no ando ocupado.

Sabía que esa conversación duraría más de lo que tarda una colmena en crearse una nueva reina. El hijo escuchaba atento la fascinación de su padre por aquellos cúmulos de criaturas apiladas

en la cajuela. Escupía datos pegajosos, melosos que con el tiempo se cristalizaban en sus oídos.

¿Sabías que comen fructuosa con agua? Cuando se llenan de crías hay que poner bastidores nuevos para que se hagan nuevas colmenas. Si no tienen espacio, la miel sale agria. Los enjambres no son buenos para las colmenas, las destientan. A los zánganos solo los hacen en tiempo de comida, sino los matan. Si se ponen bravas, mejor regresas otro día para que no se vayan a morir de coraje. Cuando comen de flores, la miel cambia de sabor. Son tan inteligentes y nobles que la reina no las abandona, ni las demás a ella.

Se sentía embijado de tanta sabiduría apicultora. Tal vez sólo le haría falta ponerse el traje y tener el temple para platicar con las abejas e intercambiar tiempo por miel. Si tan sólo pudiera comprarse el tiempo con algunos litros de miel. ¿De a cuánto el minuto? De mezquite, de limón, de mango, de aguacate. De calidad.

En algún punto pasaron por un tope que no vieron y dieron un salto aparatoso. Las cajas de atrás hicieron un sonido brusco cuando se acomodaron de nuevo. Otro tope. Tal vez un bache porque se ladearon hacia la izquierda. Se cayeron algunas cajas estrepitosamente, el sonido de la lluvia pudo haberlo disimulado pero los ojos del padre venían muy atentos a ellas.

—¡ii vali, orita te hablo que ya se cayeron. No, no vengo solo. Ey, aquí viene conmigo. Pero bueno, te aviso cuando llegemos allá. Órale pues, suerte.

Enfrenón. Al borde del camino pararon la camioneta y el papá bajó a recogerlas. Se habían salido algunos bastidores pero las abejas no salían. Si acaso salieron algunas valientes que se jugaron la suerte. La miel cruda se empezaba a escurrir en la tierra mientras volvía a meter los bastidores a las cajas. Regresó a la camioneta y se subió a la batea para acomodarlas. La cinta de seguridad estaba rota. Recordó que traía un repuesto debajo del asiento de su hijo.

—Hijo, debajo de ti hay una cinta blanca con una hebilla. Pásamela por favor. ¡Ey, chulo!

Su voz se perdía entre las gotas de agua. El hijo veía el torso de su papá por el retrovisor: subía y bajaba para acomodar las cajas que se

habían salido de su lugar. Se preguntaba si se habían roto. Su padre no había hecho ninguna expresión de desagrado. ¿O sí? Ni siquiera podía oírlo por la lluvia. Giró para abrir su ventana y se topó con la cara de su papá pegada, tocando para llamar su atención. Con el ceño fruncido, le apuntaba la parte de abajo. Se agachó y buscó entre las cosas algo que pudiera pedirle su papá en ese momento. Tomó una chamarra que estaba echa bolita y se la mostró. Negó con la cabeza y volvió a apuntar hacia abajo. ¿Esta cinta? Preguntó su hijo con una mueca y la cara de su padre cambió, aliviado. Abrió la puerta con cuidado y le pidió que le ayudara a ponerla.

Se bajó de la camioneta y la lluvia no tuvo piedad. Lo empapó en un segundo. La voz de su padre apenas se escuchaba, tenía que leer sus labios. Cada uno en cada extremo de la camioneta. Su padre lo veía y movía la boca. El hijo deseaba que le estuviera diciendo todo lo que no le dijo en tantos años. El brazo de su papá se movía formando un arco. Sus labios formaban os y us alargadas. Seguro no decía nada de eso. Lo único que quería era que le ayudara a poner la cinta para poder llegar a su destino.

El hijo asintió sin saber realmente lo que había aceptado. De pronto el padre le arrojó un extremo y cayó de su lado, la tomó e hizo un nudo en donde estaba la antigua cinta. Pero él no era tan fuerte como su padre, si había otro bache seguro se desataría y sería peor. Le gritó a su papá que fuera a hacerlo él, pero no escuchaba. Con sus brazos hizo gestos para llamar su atención. Entre movimientos le dijo lo que sentía y no había podido decirle de frente. Pero seguro su papá no entendió nada de eso. Entendió que le pedía ayuda para volver a amarrar el nudo que débilmente hizo él. Se acercó y le dijo cerquita a su oreja que se subiera ya a la camioneta. Lo hizo. Cuando los dos estuvieron dentro hubo un silencio empalagosísimo.

—Hijo de la chingada, pinche lluvia se soltó fuerte la cabrona.

—Sí pues.

—¿Te mojaste mucho?

—Sí pa, yo creo que hasta los calzones.

—Yo también, ya los traigo bien empapados. Orita que lleguemos

nos bañamos. Tú primero para que no te vayas a enfermar. Ahí traigo también propóleo pa que te hagas un té y le pongas.

—Gracias apá.

El aire estaba húmedo, ellos mojados. El amor estaba por ahí, volando sobre las alas de las abejas que se resguardaron dentro cuando abrieron la puerta.

—Ayyy condenadas, se metieron las canijas.

—¿Le abro la ventana para que se salgan?

—No, ya déjalas aquí. Pobrecitas. Luego si se salen las tarugas se mueren. Igual no te hacen nada, chulo.

El hijo deseaba ser abeja y las abejas querían ser como su papá para poder salir de ahí.

Aricko Carrasco

VALERIA

Donde estoy huele a revoloteo de mariposas amarillas.
Mi departamento no olía a nada, pero se llenó de moscas.
Tu cuarto era azul, el día que lo pintaste estabas contenta,
yo te puse la canción de Cristian Castro, cantamos.
Llevaste flores de Home Depot que pronto se secaron.
El departamento es todo blanco, menos tu cuarto, azul.
Como los hermosos ahogados del poema de Christian Peña.
Como tú colgando del clóset.
Hoy caminé por Wal-Mart, estaba lleno de calaveras.
Pensé en ponerte un altar, con flores amarillas como mariposas
y velas blancas como nuestro departamento.
Azules no, porque me recuerdan a los ahogados
y no quiero pensar en su hermosura
ni en tus manos hinchadas ni en las paredes de tu cuarto.
Vagando en los pasillos sonó una canción
que a ti te gustaba,
te gustaba porque yo te la enseñé.
Me etiquetaste en Facebook, “Gracias a ti ya no puedo dejar de
escucharla”.
Acepté la etiqueta y le di me encanta.
En ese tiempo no pensaba en el azul.

A veces aún quiero enviarte memes que te harían reír.
Me gustaba que siempre te reías de mis chistes.
Ya no digo tantos chistes como antes.
Ya no comparto tantos memes
porque me recuerdan a la muerte.
Me pregunto si tu hijo compartirá memes cuando crezca,
o tal vez ya no estén de moda en ese tiempo.
Quizá tu hijo nunca se aprenda las canciones que cantamos
porque no vas a estar ahí para mostrarle qué escuchar
cuando su corazón esté roto y azul.
Tal vez él solo piense en el mar o en el cielo,
tal vez te recuerde rubia, morena y de ojos azules,
el azul de tus ojos no era igual al de tus manos.
Quizá él nunca sepa quién fui yo
ni sepa que un día me armé de valor
y pinté de blanco tu cuarto y llené tu clóset de mariposas amarillas.

MI AMOR ES LIMONADA DE AGUARRÁS

Mi amor tiene el hocico apestoso
Mi amor es un monociclo tuneado
Mi amor es Eber hablando de Fidel Castro
Mi amor es un árbol que sabe usar el metrobus
Mi amor es un pedófilo auto-exiliado
Mi amor es el odio que sobró
Mi amor es Felipe preparando una cuba
Mi amor sabe bailar tex-mex
Mi amor es un preso que empezó a creer en Dios
Mi amor es una cortina que sabe volar
Mi amor es el año en que se inventó el vibrador
Mi amor es mi papá llorando y mi mamá huyendo a Taiwán
Mi amor es una ballena que se ahogó
Mi amor te defenderá como un perro
Mi amor es Eduardo escuchando a Thom Yorke
Mi amor es la señora de tu casa
Mi amor ni te ve ni te oye
Mi amor es feo, mas no pendejo
Mi amor es un semental
Mi amor va a salvar a este país
Mi amor tiene un sueño
Mi amor se parece a mí cuando tenía 17 años
Mi amor habla lento para que entiendas su idioma
Mi amor esconderá todas las cuerdas del mundo para que nunca te suicides.

POEMA PARA AHUYENTAR A DIOS

Ya sé que seré vieja
ya no seré el fetiche de un anciano
y en mi sequedad de mujer que nada hizo
se dirá de mí que tuve una vez en la boca
la verga enorme de un gran poeta.

EXISTE LA FELICIDAD

La crueldad humana existe ergo existe la felicidad.
La tragedia tomando café a medio día.
No sé si merecemos los conciertos de The Offspring,
las tórridas risas de verano, los besos de balcón.
Después de haber visto lo que vimos,
la tristeza no debería hacernos ganar concursos ni inspirarnos
ni hacernos amar más la vida.
Si acaso recordarnos lo que somos,
seres empeñados en cruzar la línea del horror a la belleza.
Esa es la maldad.

A VECES TRAGO CUCARACHAS

En noches de tormenta trago cucarachas,
tomo un espejo, presiento la vibración de unas alas en mi garganta,
un motor enjuto desde mi centro me alza al vuelo.
Así pude conocer el cielo, que de arriba es solo blanco.
Conocí el tiempo, un abejorro gordo y atareado.
En el aire entendí que la inocencia nunca muere
que los amores que lloramos se evaporaron hacia las nubes
y ahora son bailarines viejos que provocan truenos al danzar;
que siempre seremos los mismos niños de codos cenizos
y que volveremos a nacer
que volveremos a nacer
que volveremos a nacer.

DISCURSO DE ODIOS

Mi abuela tiene un útero que es un discurso de odio
Una bandera a la muerte, un ser invisible y gigante
Mi madre tiene el abdomen blanco y estriado
prado deforestado donde los fetos duermen
Mis dedos son largos e inquietos, arañas obreras buscando
respuesta en el regazo ajeno
Los senos de mi hermana son abolladuras del corazón que quiso huir
y juntas cambiamos odio por palabras, palabras por amor
Cedemos la navaja con que el Partero nos rajó
a cambio de un día en silencio.

HAY TANTO QUE NO QUIERO SABER

Si soy presa de un hechizo que infestó de larvas mi cerebro
si de noche las cucarachas se congregan en mis muslos
si los hombres que amé me ahorcaron mientras dormía
si los muertos sienten arrepentimiento
eunuco del destino, soy la diosa de lo infértil
hay quienes lloran a mis pies suplicando toque sus vientres
para nunca deber escribir las fatídicas palabras
y yacer en la cálida pastura del olvido.

1996

Mi madre me amamantó dos meses
Corría la recesión de 1996
Pero aún tengo sed
Una mujer de entre todas me duele
Esta es
En cada pueblo hay un panteón
Está aquí
Once hombres me amamantaron luego
Corría la recesión que nunca terminó
Pero aún tengo sed.

ADIÓS TÁCITO

En la escuela me enseñaron
las sutiles diferencias entre matar y dejar morir
siempre haciendo hincapié en dejar morir
a tus amigos adictos
a tus exnovios trastornados
a tus familiares violadores
a la chica que grita socorro una madrugada cualquiera
Así, un adiós tácito se vuelve una muerte anónima
y somos adultos decentes con cara de tumba.

CACHORROS MUERTOS

Todos sabemos el destino
de un cachorro hidrocefálico.
Sin embargo, creemos que el amor
y el poder de la voluntad prevalecen.
Yo no sé quién sea más fuerte,
pero hay ante mí
un campo repleto de cachorros muertos.

SIN SABER

Es triste el final de todo
pero más triste cuando la fecha en que pasó se olvida.
Uno debería recordar esas cosas,
los funerales omisos y el lugar preciso donde está la tumba
de las pequeñas cosas que se nos fueron, las personas que un día
vimos
sin saber, por última vez.

CINTAS AMARILLAS

Compañero, me encuentro en 10-12
tengo en la mira al sujeto 10-14,
a las 13:35 capté un 10-37, lo mantengo informado.
El placer de ensayar entre dientes
códigos policiacos al recorrer esta ciudadela
de ladrillo rojo y yerba silvestre
es quizás el mismo
que al escribir un poema.
Escoger de entre todos los códigos
ciertas palabras:
El pasto al ser mancillado
por el pie o el neumático
deja un rastro fibroso, jurásico.
Guía a los curiosos
hacia un lugar rodeado de cintas amarillas.
Como el poema,
un recordatorio de que algo ocurrió.

POST TRAUMA

Diagnóstico: estrés post traumático

Síntomas experimentados

Después de vivir un episodio violento

Peligroso o traumatizante

Tratamiento: escribe un libro

Revívelo todo en tu mente, llénate de llagas el cráneo

Conviértelo en algo más

Tus amigos, sus cárceles, sus empleos

La muerte, el suicidio, policía, velas negras, paredes azules

El sexo, el miedo recién nacido

Los lazos que te forman y deforman

Enciérralos a todos en unas cuantas páginas

Que se las arreglen entre ellos.

CUARENTAIUNO

Ixchel Robledo

Decían que una vez el Cuarentaiuno había atravesado cuarentaiún cuerpos con una sola bala. Los que cantaban la historia decían que el gobierno había enviado a todos esos, dizque, para infiltrarse en la bola de los Desnombrados, pero que el Cuarenta se dio cuenta y reaccionó antes de que apearan para quedarse con los caballos. Otros, decían que no. Que los federales no habían tenido nada que ver, pero que al general no le había quedado de otra. Porque, según, ellos no querían ser reclutados: que querían reclutar al Cuarenta. Llevarse de vuelta a Juchipila o mejor a Nochistlán, lejos de la capital y del Club Antirreleccionista, que porque ya en el frente de defensa no tendría que salir del pueblo, que cuando todo se calmara podría abandonar su 30-30 y continuar recogiendo muertos en el llano, si todavía quería.

Los que aún cantaban la historia decían que el Cuarenta se enojó mucho, por eso de que él insistía en que los cobardes no nada más éramos nosotros los Desnombrados. Y para el llano habían ido a parar todos esos, los Impostores.

Nosotros todavía andábamos muy lejos.

—No te tomes tan a pecho lo de hace rato, compadre —el Escéptico recargó y sentí cómo los escombros caían sobre mis hombros—. Aquí mero es cuando menos puedes quedarte callado.

Los objetos que había llevado conmigo estaban desperdigados sobre la tierra. El cupón de adhesión que tanto había querido que me

acompañara se había deslizado en el aire, como anunciando su humillante presencia, y había aterrizado en las proximidades del muro.

El mismo Cuarentaiuno había recuperado el recorte del niño esclavo. El niño enclenque, desmedrado, y desfallecido de fatiga y de hambre mal satisfecha que me había llamado desde los titulares del periódico, en uno de esos días cuando mis pasos no encontraban las vías del tren y la intensa luz de mediodía oscurecía los paisajes y los señalamientos. Desde entonces, nunca nos habíamos separado. Lo escuché gritar de nuevo, y el papel casi se deshizo entre las manos toscas y desgastadas del Cuarentaiuno. La imagen se fragmentó y el sonido de la descarga silenció las súplicas viejas y nuevas del niño esclavo.

—No parece que sea la primera vez en que te apuntan con uno de estos —no le respondí, pero alcancé a preguntarme si el Escéptico sería capaz de quedarse tan quieto como yo en una situación similar. Parecía la clase de insurrecto que prefería pasar los momentos finales desazonando a sus captores, antes que amedrentarse por la proximidad de la muerte—, pero sí te prometo que va a ser la última a menos que nos digas cómo nos encontraste y qué es lo que haces aquí.

Les dije la verdad. Llegué porque había más personas que sabían cómo encontrarlos.

—Dices “personas”, pero todavía no dices quiénes.

—Otros como ustedes. Nadie más parece saber que ustedes existen.

No supe si le molestó más el hecho de que yo lo hubiera dicho o que él entendía perfectamente que eso que decía era cierto.

—¿Para qué viniste? ¿Qué es lo que buscas aquí?

—Como dije, quiero unirme a ustedes.

—Porque los de arriba te lo ordenaron.

—Ellos no saben dónde estoy y no les importa. En cuanto vuelvan a verme, me matarán.

—Confía en mí. Eso no va a pasar.

Uno. Dos, tres y el muro quiso desmoronarse a mis espaldas, mientras yo buscaba la forma de mantenerme de pie.

El Escéptico ya quería dar dos pasos al frente para hacerme entender que estaba por dar su último tiro, pero el general no se lo permitió. Dobló con cuidado el trozo de papel que había rescatado, antes de guardarlo en uno de los numerosos bolsillos de su saco. Le arrebató el fúsil al más receloso de todos sus hombres y, casi sin fijarse a qué distancia estábamos, disparó una sola vez. A través de la ropa el líquido se sintió caliente, y aunque el muro ya no se estremeció, sentí el suelo más cerca; mis pies cubiertos por la tierra contaminada del llano.

Noté que a la línea que marcaba el horizonte lo interrumpía la figura del Cuarentaiuno.

—Ya para qué queremos más muertos —dijo, y, casi entretenido, observé cómo las gotas se deslizaban desde la maraña oscura donde estaban mis dedos, cómo tomaban peso cuando se unían antes de caer y regar la tierra, más alta. Más alta—, pero tampoco vamos a ponernos a comprobar las verdades de todos los que nos llegan, así como nos llegaste tú. Puedes jurarlo todo por el nombre tuyo o de tu familia o de tus tierras, pero aquí eso da lo mismo, y lo mismo o menos te vamos a creer. Por eso voy a atender esa terquedad tuya de querer ser puesto a prueba y voy a volver a disparar. Y a disparar y a disparar. Cada vez en un lugar distinto que no tendría por qué ser suficiente para acabar con tu vida. Antes de que mueras por desangramiento, dispararé de nuevo y tanto tú como yo sabremos que será la última vez. Tienes hasta entonces para volverte inmune a las balas.

Una a una, las partes de mi cuerpo que nunca habían recibido ninguna atención especial, fueron subastadas. Gritos duplicados, risas torpes, miradas altas. Los árboles se hicieron tan enanos que a las raíces se las tragó la tierra. El terreno se extendió bajo el escozor del sol, y las grietas donde ya nada crecía, acercaron las costas, el viento, el mar.

—Cuarenta, en la cabeza. Total, así el corazón lo deja para el último.

El Escéptico se quejó cuando la bala golpeó el contorno de uno de mis hombros.

Un grupo de hombres corrió en mi dirección. Los mismos que antes no se atrevieron a responderle al Cuarentaiuno, ahora me palmoteaban el brazo con efusividad, que es que era porque no se habían presentado todavía. Alguno dijo algo que olvidé muy pronto y los demás se rieron antes de ocultarse detrás del Escéptico, el Gringo y todos los otros que disfrutaban de imitar las mismas conductas que tantas veces habrían usado en su contra. Yo también quise recordar y enojarme con la misma facilidad, pero cada que lo intentaba el peso de mis emociones se me escapaba entre los dedos y sólo conseguía que el charco se hiciera más grande. El Cuarentaiuno le disparó al cielo y ya nadie más se acercó.

—¿Quién te dijo dónde encontrarlos?

—En la capital —respondí, tan consciente de que las heridas no me dolían tanto como tendrían que hacerlo, como que la sangre no dejaba de ser demasiada para un desnombrado—. Alguna vez escuché a un grupo de los de arriba hablar sobre ustedes y que era muy difícil encontrarlos. Hace poco se me ocurrió buscar a uno de esos hombres, él me dijo que podrían estar en Tlaxcala.

El Cuarentaiuno volvió a disparar. La sangre que se reunía a mis pies se agigantó. Otras veces antes, la tierra se me había amontonado en los zapatos y amenazó con dejarme en cualquier lado, sepultado y sin raíces.

—Ese hombre —dijo, esta vez sin bajar el arma— ¿cómo sabía él que estábamos aquí?

—Él es uno de los que intentaron ser reclutados por ustedes. No duró mucho, después de unas semanas escapó y se resignó a regresar a la casa de su familia. Dijo que no había soportado pertenecer a una facción sin aspiraciones políticas.

El general estrechó la vista a pesar de que antes no lo necesitó para dispararme.

—¿Y tú? ¿Piensas igual que ese sujeto?

Si los allegados del Cuarentaiuno le hubieran permitido escucharme, le habrían bastado unos minutos para entender que no me estaba burlando de él. El sujeto sí era un caso. De la élite escandalosa de Ciudad de México, se jactaba de relacionarse con

otros hombres pese a su matrimonio de años y estaba convencido, como muchos otros, de que moldearse conforme a la vida de un guerrillero lo volvería un Desnombrado más libre.

—Pienso que él no sabía qué estaba buscando.

Cuando escuché el tercer disparo casi no sentí nada. La bala había rasgado el costado de mi abdomen y, aunque salía sangre, todavía era capaz de retener el flujo con mi mano. El charco rojo se había extendido mucho y ahora parecía que el muro estaba despintándose. Me erguí tanto como pude, e intenté permanecer firme a pesar de que al principio había tambaleado. Había visto a mucha gente morir antes. Por el hambre, el sol, o la injusticia; en los caminos y las guerras, pero nunca había visto morir a otro como yo o como ellos. No sabía cuánto debía sangrar o cuánto me tenía que doler. No sabía si podría rechazar concienzudamente la tragedia y de pronto asumirme en una realidad distinta.

—Ahora sí, va la buena.

—De cerca, Cuarenta. Nomás por si acaso.

El Cuarenta se acercó sólo un par de pasos. Desde el momento en que alzó el fusil, sus ojos no se detuvieron en los míos de nuevo; como el cañón del 30-30, su mirada quiso concentrarse en mi pecho, a la altura del corazón, y su cuerpo no se movió ni siquiera para dejar entrar o salir aire. Pensé en lo que pasaría si lograba sobrevivir. Sin un nombre ni un rastro por el que nadie pudiera buscarme, ni un camino que me llevara de vuelta hacia ninguna parte. El Escéptico tendría que ceder y reconocerme como parte de los suyos, y lo haría porque el Cuarentaiuno lo obligaría, no importara cuánto él ni nadie pudieran detestarlo, porque habría pasado la prueba y eso sería más que suficiente para invalidarme por completo.

El Cuarentaiuno miró más hondo hacia alguna parte, y el cañón me señaló.

Que nos llevaran a los dos no debía ser tan difícil. No teníamos por qué pensar tanto, ni rogar, ni fingir mucho más allá de lo que ya éramos. En ese tiempo estaba seguro que bastaría con plantarnos en medio del camino principal y esperar hasta que los vecinos se dieran cuenta que nuestros padres no estaban con nosotros. Como si algo les asegurara que, de encontrarse cerca, alguno de ellos tendría el valor suficiente para intervenir o la voluntad necesaria para no tomar partido en contra nuestra. Quizá hasta mi madre hubiera salido de la casa para enlistarme, llorando, todas las razones por las que su marido ya no quería estar con ella, incluso si eso implicaba tener que hablarme otra vez.

Así le había pasado al Chisguete con su mamá. Ella solía hablar en dos idiomas: muchas veces en español, y algunas en el otro que su esposo nunca dejó enseñar al hijo. Lo que sí es que, cuando quería, era muy platicadora, y a todos saludaba y a todos algo les sabía. Por eso El Chisguete estuvo convencido por meses de que, en una de esas, cuando su mamá tenía la boca bien abierta, un insecto se le había metido y le había bajado por la garganta para comerse todo lo que llevaba adentro. Que a lo mejor por eso su mamá ya no le hablaba, porque los insectos no sabían leer y seguro este, para no equivocarse, se había comido las palabras en español y las otras también.

Al principio, yo me resignaba a sentirme mal por él y tolerar su obsesión con las criaturas. Nos alejábamos de nuestras casas, buscábamos cualquier rama lo suficientemente firme para cortar el aire y nos poníamos a picar los troncos de los árboles hasta que dábamos con un escarabajo o un chapulín. Yo le prometía que sería su intérprete antes de verlo depositar en su lengua alguno

de esos seres que tanto miedo me daban porque no tenían sangre. Después observaba la transformación de su rostro. De la esperanza, al miedo y la decepción. La certeza gradual de que ese animal no sería el último, pero y qué tal si sí era. Luego el sonido de la saliva resbalándose y los aleteos atenuados.

A veces tenía ganas de platicar conmigo después de eso. Decía que algunos bichos le sabían a chile, jugo de sábila o corteza de frijol. Que las chicanas, de tan picosas, parecía que le pellizcaban la lengua y que eso le daba tremendo coraje. Luego, las mariposas le sabían a pan dulce, pero como le recordaban a su mamá lo ponían bien triste. Y que las polillas estaban tan insípidas que la lengua se le secaba y por eso no podía hablarme en mucho rato. También sospeché de los colibríes, pero como no eran insectos, ya no lo dejé probarlos.

Salvo esa ocasión, siempre lo acompañé, le di la mano y me quedé hasta que las luciérnagas se encendían y él de pronto necesitaba más luz. Pero no pude entender al Chisguete hasta el día en que mi madre dejó de hablar conmigo.

Recuerdo que esa mañana se levantó con un desánimo tan difícil de ver que ni las sábanas quisieron apartarse con tal de no dejarla sola. La mañana era tranquila y en la casa no corría aire, pero su cuerpo parecía deslizarse en la inmovilidad del ambiente como un rastro de piel muerta al sol. Sus palabras eran amortiguadas por un muro invisible tan grueso que dolía hacer esfuerzos para escucharla. Era como si cada vez que dijera algo, sus palabras salieran más y más pesadas, pero yo tuviera que atesorarlas incluso si no era lo suficientemente fuerte para levantarlas del suelo.

Tuvieron que pasar semanas antes de poder confesarle al Chisguete que nuestras madres estaban en la misma situación. Porque, a diferencia de él, yo no tenía el valor suficiente para comprometerme con una búsqueda, y ciertamente también me faltaban agallas para comerme la misma cantidad de insectos que él. Eso me avergonzaba y me recordaba las palabras abandonadas en la habitación, acumulándose bajo el techo enano y el empeño mal encaminado de mi madre, ya desentendida de un hijo tan cobarde como yo.

Una tarde, estuvimos atando mayates con el desgane de quienes se esfuerzan por distraerse del calor. El Chisguete se entristeció porque al final jaló tan fuerte del hilo que el insecto pudo liberarse, desprovisto de una de sus patas. Vi su rostro de niño descomponerse igual que siempre. Su labio inferior tembló y sus cejas también se juntaron. Nos quedamos sentados a la sombra del nogal, observando desde diferentes mundos el sitio donde debía estar la pata mutilada del mayate. El Chisguete lloraba en silencio y yo me enfurecí. Me imaginé el discurso completo de conmiseración, su falta de excusas para haber lastimado a un ser vivo. Me pregunté cómo se atrevía a sentirse mal consigo mismo.

—No importa qué insecto sea, no puedes estar seguro de qué otra cosa le quitó —le dije mientras jalaba mi propio hilo con la fuerza necesaria para liberar a la criatura del otro extremo. El Chisguete me miró como siempre hacía cuando entendía perfectamente de qué hablaba, incluso si yo no había tenido la paciencia para explicárselo. No me sostuvo la mirada y lloró con auténtico dolor—. A lo mejor por eso tu mamá ya no te quiere.

Fue mucho más tarde cuando entendí que, ya desde entonces, mi madre esperaba mi muerte, como si estuviera segura que iba ocurrir primero o como si eso le diera garantía de que recuperaría su vida después. Supe que quien le había dado la solución a su mutismo había sido mi padre por la forma en que ella me veía cuando él regresaba del campo. Y, aunque no me atreví a preguntar, si de algo estaba seguro era que la cura para la enfermedad rara que mi madre supuestamente padecía, no tenía nada que ver con los insectos del Chisguete.

Cuando se lo conté, se alivió mucho. Habían pasado meses desde que su madre había dicho sus últimas palabras en el idioma desconocido, y lo mismo desde que había empezado a contar y medir las palabras en español. Él se había cansado de buscar entre la tierra y los árboles y, aunque inseguro por la idea de una muerte tan necesaria, no parecía asustado.

El Chisguete y yo siempre nos habíamos sentido cercanos a la muerte. Incluso antes de expulsar a su primer desnombrado, el

pueblo ya se percibía hostil y en un estado continuo de paranoia. Como si las personas hubieran vivido asustadas desde mucho antes que nosotros nacióramos y tuvieran la necesidad de purificar esas tierras, prescindiendo de vez en cuando de los integrantes menos valiosos de la comunidad. Era un sitio donde nos habíamos acostumbrado a tragar aire en lugar de respirar y necesitar afecto en vez de compartirlo. Tanto El Chisguete como yo nos encontrábamos siempre a la expectativa del momento en que alguien se acercara para prohibirnos seguir intentando.

En gran parte, esa era la razón por la que pasábamos tanto tiempo en los márgenes del pueblo, escondidos entre la hierba, la tierra seca y el calor del monte. Nuestros cuerpos debían ser todavía muy pequeños para cargar con la putrefacción y la catástrofe, pero rápidamente optamos por la seguridad de los cuerpos inmóviles. Los miembros rígidos, los ojos extintos y la voz atrapada al fondo de una garganta de la que sólo quedaba el conducto; la presencia de la muerte era un recordatorio triste, pero conciliador, y entre más tiempo pasábamos en su compañía, más concebíamos la idea de su inevitabilidad. Lo único lamentable, si acaso, sería que ya no quedaría nadie para enterrarnos a nosotros, los niños sepultureros, en el Llano de los Desnombrados.

Quedamos de vernos en la tarde, cuando ya no faltaba nada para el anochecer y los jefes de casa regresaban de los sembradíos. Efusivos, se saludaban, se palmoteaban, se insultaban. El cielo los despedía. Brillaba cada vez más naranja, más rojo y más azul sobre sus cabezas, anticipando el retorno a sus chozas como si se asegurara de ser recordado. La voz de los hombres se apoderaba del espacio antes que la noche pudiera hacer alarde de su inmortalidad. El camino se extendió en dirección opuesta al sol y nuestras sombras se alargaron cuando pasamos al costado del grupo de adultos.

El Chisguete hizo un esfuerzo por no mirarlos cuando escuchó que su padre nos llamaba. A dónde creíamos ir. Estaba oscuro. Íbamos solos. Caminamos hasta el centro del sendero cuando dejamos atrás la casa donde comenzaba el pueblo, seguros que a partir de ahí no nos dejarían ir más lejos. Nos detuvimos antes de que empezaran

a correr tras nosotros. Los dos buscamos a lo lejos la casa más cercana al cielo naranja, rojo y azul, pero no vimos ninguna mamá dizque muda, ni ninguna otra persona.

Cuando besé al Chisguete en los labios escuché un zumbido. Él ya sabía que íbamos a vivir.

Oswaldo Ipiña

PRIMERA PARTE

8 de agosto

Era cerca del amanecer cuando lo escucho entrar a la habitación. Me mantengo en silencio esperando que se acomode a mi lado, pero vuelve a salir, y esta vez abandona la casa. Me mantengo en silencio, aún después de escuchar cerrarse la puerta exterior. A partir de ahí inició tu angustia, ese malestar que te hacía querer salir mientras comías o veías televisión como si tuvieras una urgencia. Mi única excusa para recurrir al silencio tantos años es que intenté protegerte.

Antes de partir, estuvo más distante que de costumbre, seguía en la casa, pero en esa parte apartada que es su estudio. Durante años lo vi recorrer la habitación como un león enjaulado, mientras yo te abrazaba y aprendía a escuchar tus latidos para dormirme. Fue siempre muy cordial, cuando le pregunté la razón de su deambular me respondía con una sonrisa y se acercaba a mí, un abrazo y a olvidar el tema. Al principio es una sonrisa genuina que busca tranquilizarte, pero después entiendes el truco de la mentira. Cuando aprendes a leer una sonrisa, aprendes a leerlas todas, pero siempre habrá cosas que entiendas demasiado tarde. Y todo se convierte en una farsa, te das cuenta de la existencia de personas que no viven en el presente, que su pasado los acecha

por las noches, los acompaña durante el día susurrándoles al oído, coexiste con una posibilidad permanente.

No es posible alejarse del pasado, de alguna forma siempre encontrará la forma de intervenir. Un claro ejemplo, por increíble que parezca, es lo sucedido la noche después de su partida. No puedo dormir y escucho que tocan la puerta. Tú duermes muy tranquila, pero el incesante ruido exterior amenaza con despertarte. Como imaginas, estoy furiosa, pienso en gritarle: Hijo de la chingada ¿cómo pudiste dejarnos? Continúo esperando que entre, pero sigue tocando. Lo que faltaba, no trae llaves, así que recorro sin prisa la distancia desde la habitación hasta la puerta, mis pasos amortiguados por las pantuflas son más lentos que los choques de los nudillos en la puerta metálica. Al abrir la puerta tomo una postura de fingida rigidez, como de cadenera de bar. Pero no era tu padre quien estaba detrás de la puerta. La lámpara mercurial ilumina solo un tercio de su rostro, pero con eso es suficiente para reconocerlo. No corre el viento, él solo se queda parado ahí alisándose el bigote y doy un paso atrás para indicarle que pase.

Me cuesta incluso escribirlo, pero es tu abuelo el que se presenta esa noche. Lo primero que pronuncia es: Traigo hambre, lo que tengas para darme lo acepto, hija. Lo pronuncia con voz queda, quizá para no perturbarme aún más y transmitir docilidad. Lo guío hasta el comedor y le indico que se siente, pero sin mirarlo directamente y ahogando un grito de terror. La silla del comedor rechina cuando se sienta, aún no puedo entenderlo, pero es claro que tiene cuerpo; existe. Iluminado ahora por la luz directa de una bombilla compruebo que su rostro no ha cambiado con los años.

Mis pensamientos son un caos y tengo miedo a que se me escape una palabra. Pero recuerdo perfecto el momento, pienso: ¿cómo pudo no haber envejecido en diez años? Mientras que con la mano derecha tomo el sartén y con la izquierda el aceite. ¿Dónde ha estado todo este tiempo? ¿Importa eso? Un par de tomates y un chile alborotan el aceite, pero no bajo la llama. No huele a alcohol y parece muy calmado, ¿Cómo sabe donde vivo? ¿Él vive?

Doy vuelta a los chiles y una gota de aceite cae en mi muñeca. Estoy despierta, es real.

Rompo los huevos y los echo a dorar sin quitar un trozo de cáscara que se mezcla. Tal vez no sea capaz de transmitir mi terror, mi necesidad de actuar como si nada este pasando; detrás está mi padre, el más maldito de los hombres, quien sostuvo la caguama con la misma determinación con que ignoró a mi madre cuando le reclamaba por borracho. Cuando se le agravó la diabetes y necesitó la insulina él empezó a consumir mezcal, de a quince pesos el litro. La pobre me pedía que le dijera que todo era mentira, que su pie brotaría de nuevo, y él tirado quien sabe dónde; los cortes fueron subiendo, de la rodilla a la ingle y después la otra pierna, días sin saber de él. Mi madre se iba convirtiendo en pellejos, su peso disminuía al mismo tiempo que sus ganas de vivir. Crecí de golpe. Dejé de asistir a la escuela y mi padre a nuestra casa. Cuando falleció mamá no le dije a nadie, pasé la noche junto a su cuerpo. Mi padre, quien debió enterarse, no volvió jamás. Las moscas hediondas estaban en su carita, y tuve que gritarles que no era mierda, pero eran sordas como Dios. Diles que no eres mierda, diles, mamá. Diles, diles.

No era yo cuando en el funeral se acerca tu padre y me dice muy bajito: mi familia te va a ayudar a pagar los gastos del funeral, tú tranquila. Le tomé la mano con fuerza como si cayera de un barco sin saber nadar y él fuera un salvavidas. Entiendo desde el principio que al decir que su familia me ayudará, se refiere a él únicamente. Aprieto su mano con fuerza, sé que lo estoy lastimando, pero no la retira. Meses después, él sujeta mi mano, suavemente, para pedirme que sea su esposa.

Muevo el sartén un poco para que el aceite cubra la yema, como te he enseñado. Durante el funeral pienso: los desgraciados no se mueren ¿O qué? Los hijos de nadie, los que no tienen donde caerse muertos. Vienen a ayudarme, con el mismo dinero que les dio mi papá, a poco no podían decirle que le bajara a su pedo; rebajarle las botellas y darnos lo que sobraba a nosotras, darnos una cheve también, para tumbarnos al olvido y estar ausentes, lejos de la muerte.

Apago la flama de la estufa, pero de inmediato echo el chile y el tomate al molcajete, antes de que deje de hacer ruido el aceite y llegue el silencio. Le agrego un ajo y sal; meneo el salero, una vez, y otra y otra y otra y otra vez. He pensado en la sal, que bonitos diamantes blancos, ¿por qué se apagaran con el agua? ¿a poco creen que ya regresaron al mar? Pero yo los sigo echando para que le hagan agua la sangre. Tomo la piedra del molcajete y entonces estoy llena de voluntad; ¿Pa qué vienes sin mamá? ojalá este tomate sea tu cabeza.

Le sirvo el plato y voy a la habitación contigo, mi pequeña, que te has despertado por el ruido. Me siento a la orilla de la cama y palmeo tu espalda, te miro ahí tan inocente y de nuevo siento miedo; porque de golpe quisiera que la infancia dure más, ser capaz de aceptar la mentira sin sospechas, esa tierna ignorancia que prefiere las fantasías y el asombro. Tú duermes sin pausas, te bastó que te dijera que papi Santi está de viaje; ¿Fue a la playa? No, querida, fue a un viaje aburrido de trabajo. Me creíste a la primera. Los monstruos no deben salir de debajo de la cama y quedarse cerca para ahuyentar a los adultos, mil veces más peligrosos.

Sé que piensas que estoy dando vueltas al asunto, como siempre, pero es importante. Además, recuerdo bien lo que pensé aquella noche; que quisiera estar siempre a tu lado, evitar que te rompan el corazón, hacer que no te gusten los hombres. Convencerte de que te compres un perro y lo arrulles. Encerrarlo para ti solita y que lo saques a dar vueltas con un cordón. Pensé que tu padre era un buen hombre, pensé que podría sacar lo mejor de él.

Continúo acariciando tu cabello, porque ya estoy más tranquila, siempre logras que lo esté. Pero el sonido de los cubiertos en el comedor me pone en guardia. Por nada del mundo debes despertarte, tu abuelo no vale ni que interrumpas tu sueño. Mejor así, sin abuelo, sin padre, sin nadie, nomás tu y yo. Sí, me hacía ilusión que llegara cuando recién naciste, no te lo voy a negar, que te tratara bien como para enmendar su culpa y te cantara igual de bonito como le cantó a tu abuela. Y no creas que no me muero de ganas de gritarle sus verdades, pero no le voy a dar el gusto, mejor que se

quede sin saber y no tenga paz. No merece saberlo todo, aunque quiera, merece el caos.

Cuando regreso al comedor lo observo con ironía pensando en lo que habrá hecho para poder venir, pero fue en vano como toda su vida. Intenta hablarme, dice que la comida estuvo muy rica, pero no le sigo la plática, lo miro con dureza, conteniéndome. Pero espero que él continúe hablando, nunca fue de pocas palabras y ahora parece que se las cobran. Cóbrenselas al cabo ni se las va a pagar. Por suerte se mantuvo en silencio, y en la incomodidad del silencio se levanta y se despide con un ademán. Lo sigo hasta la salida, y aunque ya no estoy a la defensiva, él no intenta abrazarme, solo me dedica una mirada de profunda tristeza. Sigue derecho hasta la esquina donde gira hacia la derecha para perderse de vista. Sigo viendo la calle vacía y bostezo.

12 de agosto

Que no hayas cerrado este libro al ver que no voy directo al asunto prueba que tus inquietudes son tan grandes como tu curiosidad y quizá más poderosas que el odio; o que tu odio ha madurado y necesita alimento. Anterior a su partida, hay muchos sucesos que pueden explicar ese ¿por qué se fue? que te ha llevado tan lejos ahora. Por eso es conveniente empezar con el momento en que nos conocimos: Es una tarde preciosa, los niños juegan en los parques, las parejas y los adultos buscan la sombra; el funeral de mi mamá es breve, nadie da un discurso. Hay pocas personas y por eso, todas me dan sus condolencias, entre ellas tu padre y su familia. Ya todos se han ido y me quedo observando la tierra que cubre el ataúd, y en ese momento lo siento acercarse por detrás y mantener su distancia, esperando. En aquel momento no pienso nada en particular, solo hago tiempo para no regresar a casa. El cuerpo sin vida, el funeral, las condolencias, nada hace tan real la muerte como regresar a la casa vacía. Entonces lo tomo de la mano, porque él está tan distanciado de mi vida que no puede entender mi dolor. Pero él se enamoró de aquel apretón de manos y yo solo vi una salida a aquel destino que me acechaba.

El noviazgo lo podemos saltar, porque no tengo mucho que decir, yo necesitaba que avanzara así que no hubo muchos momentos mágicos. Pero la reacción que tuvo su familia al conocerme sí es importante. No creas que me moría de ganas por conocerlos mejor, pero son parte de un todo. En fin, prepararon una cena, estrené vestido, perfume y zapatos. Estoy en el comedor, sin decir una palabra, sé usar los cubiertos, pero no tengo mucha experiencia. No hay preguntas incómodas, porque me conocen bien, y justamente eso les molesta. Estoy como en un estrado, esperando mi turno de hablar. Su hijo me ha ayudado mucho para valorar la vida, y solo espero estar con él el tiempo suficiente para compensarlo. Son gente amable, silenciosa, acostumbrada a la bonanza, por eso me dirijo a ellos con esa falsa cortesía, porque es el idioma al que están acostumbrados. Sin embargo, hay algo en la forma en que cortan la carne y se limpian la boca, en esos momentos dejan ver una mueca, imperceptible si no estás alerta; dejan ver detrás de su máscara.

Tu padre aprovecha la reunión para pedir mi mano, y entiendo que por eso había estado prolongando la presentación. No fingen la sorpresa, se miran y sonríen, luego vuelven a mirarse otra vez. Yo también estoy sorprendida, pero preparada; acepto, sin bajar la guardia, la boda se realizará en un año y en ese tiempo pueden pasar muchas cosas. La determinación de tu padre obedecía más a una rebeldía que al amor, yo lo sabía entonces, pero tampoco era una entusiasta.

Se llega el día, la ceremonia es sencilla; no gastes mucho mi amor, mejor vámonos de viaje por más tiempo. Los arreglos, la iluminación, quién si y quién no, todo eso se planea, incluso los ojos cerrados cuando levanta el velo, un par de lágrimas, levantar coquetamente el pie hacia atrás al abrazarlo, saludar con un ruidoso beso a los invitados más importantes, pero la felicidad que ves en las fotografías no es fingida, ni planeada, es espontánea. Casarse puede parecer algo común, pero era todo un logro para mí.

Aprovecho la luna de miel para preguntar acerca de los negocios, porque ahora me competen y eso disminuye el ser vista como

una interesada. Pero realmente tu padre sabe muy poco, él está involucrado, pero de forma muy marginal. Al regresar quiero que me busques algo en lo que ayudes con el corazón, no quiero ser simplemente ama de casa. Él acepta, como siempre. El viaje por el Caribe es un despilfarro de dinero, yo lo promuevo, para enseñarle la vida a la que debe aspirar; la vida a la que tenemos derecho.

Aún sin desempacar le pido que me lleve a conocer los negocios de la familia; un par de bodegas donde llega todo tipo de mercancía, que según me explica, no les pertenece, solo cobran por almacenarla o distribuirla. También una cantina en el centro del pueblo y una gran casa que rentan por cuartos para trabajadores; ya no te tocó conocer estos negocios, porque nos fuimos deshaciendo de ellos, según tu padre le quitaban mucho tiempo.

Poco a poco voy entendiendo cómo funciona todo. Empiezo a mejorar la distribución y en un par de años solo requerimos de una bodega para realizar el mismo trabajo, la otra se puede rentar. Esto aporta un significativo ingreso para su familia y un salario fijo para tu padre. Él puede estar contento con eso, te lo aseguro, pero yo no.

Se organiza un pequeño brindis durante el trabajo, en el cual se reconoce mi labor. Partimos pastel y continuamos con la rutina. Pero durante el festejo, uno de los encargados se acerca y me dice: ¿cómo se siente que te den las gracias? El reclamo me pesa mucho, aunque no va contra mí, pero yo soy de esa otra parte que no da las gracias, y aún así se acerca y me lo dice. Por ello, empecé a conocerlo un poco más. Fue un acercamiento medido, siempre con motivos laborales, siempre con más personas cerca, nunca con la pretensión de dar a entender igualdad, nunca con una doble intención.

La ambición no es difícil de encontrar, está por todas partes en pequeñas cantidades. De lo que yo te quiero hablar es de una inconformidad personal por el orden de las cosas, un deseo de justicia. Por eso, hasta que estuve segura que compartimos ese rasgo en común le pido que me ayude. Una tarea fácil, y no un favor, sería recompensado con dinero. Aceptó, por supuesto, porque él piensa que el dinero sirve para algo más que comprar cosas, y por ello,

relaciona la capacidad económica con el poder. Pero lo cierto es que el poder es una actitud, no es necesario tener el dinero como tal, sino transmitir la convicción de que, en caso de requerirse, puedes conseguirlo.

La orden es bastante simple: Sigue a mis suegros y cuéntame todo, cada detalle. Hasta este punto ya debes estar elaborando tus conclusiones, te pido esperar. En ningún momento cambio la orden, ni pretendía hacerlo, y aquí viene la verdad: él empieza a seguirlos, pero claramente tu abuelo y tu abuela realizan actividades por separado, no son un solo ser. Envía a su compañero para que siga a la esposa, porque sale mucho más, que si con las amigas, que si de compras, que si con la hermana. Y él se dedica a seguir a tu abuelo, con mayor sigilo, pero una combinación entre un descuido y la información de violencia que consume tu abuelo a diario por los medios de comunicación hace crecer en él una paranoia, sospecha que lo siguen. Desde su camioneta le marca a su esposa y ella le confirma que: ahora que lo dices, también creo que me vienen siguiendo.

Alguno de tus abuelos propone que es mejor asegurarse y quedan de verse en un centro comercial, hacer como que van de compras. Pero apenas ella se estaciona y apaga el motor, tu abuelo se acerca para que ella suba a la camioneta. Apenas realizan la maniobra cruzan el laberíntico estacionamiento, pero apenas se ven fuera arrancan a toda velocidad rumbo a la carretera.

Ahora son dos los vehículos que siguen a uno, tu abuelo se comporta como un macho y quiere detenerse y enfrentarlos, desde detrás pueden ver las siluetas manoteando, discuten y forcejean, la camioneta sale del camino y se estrella contra la plataforma de un tráiler estacionado. Los perseguidores pasan de largo, no tiene remedio, no hay forma de que estén vivos. Yo nunca, y quiero ser muy clara, pedí otra cosa que un reporte de todo lo que hacían en su día; lo que quería extraer de esto es comprobar una sospecha de infidelidad por parte de tu abuelo o algún otro negocio que no reportara. Porque había importantes gastos injustificados en la cuenta de la empresa.

De inmediato, tu padre asume el control del negocio, el encargado es premiado con la dirigencia de este y yo soy relegada al hogar. Se le ve siempre serio a tu padre, sin mostrar dolor, y los trabajadores empiezan a hablar de un plan para deshacerse de los viejos, y todo apunta a su hijo como culpable, por resultar el más beneficiado. Él nunca desmiente lo que se dice, aunque le molesta en lo más profundo de su ser, y el rumor sigue creciendo hasta convertirse en un hecho. De alguna forma, su distanciamiento del negocio alimenta su leyenda, dicen que no visita la bodega porque se le aparece el fantasma de su madre. O que ahora tiene otro negocio, que es ilegal, y que sus padres nunca hubieran aceptado por ser gente honesta, por eso los mandó matar. Si desaparecía alguien en el pueblo, se daba por hecho que él lo mandó desaparecer.

Su leyenda fue creciendo, no así el negocio, que se quedó estancado. Y para equilibrar su imagen ayuda a la mamá de tal que está otra vez muy enferma, un carro para aquel porque es muy trabajador o contraten a aquel chavo que vino y búsquenle algo que hacer. Todo de la parte que nos corresponde, porque su encargado no suelta ni un centavo; él trabaja, mientras tú padre se encierra en su estudio a leer, regar las plantas y llevarte al parque. Siempre esperando la rebanada del pastel de un negocio que es suyo, pero que parece de otro.

Así que, los rumores sobre nuestra familia y negocios turbios son solo eso: rumores. Y en cuanto a mí, nada me cuesta aceptar que yo mandé matar a tus abuelos y que me salió mal la jugada, pero debes entender que quien mata una vez y sale impune, lo vuelve a hacer. Tu padre hubiera sido el siguiente, porque los años que siguieron fueron muy infelices para ambos; él odia la carga de trabajo y yo lo odio a él por desquitarse conmigo, y por no aceptar mi ayuda. Claro que en esa época naces tú, y solo por eso resisto la tentación de irme, un bebé requiere mucha estabilidad.

GERMÁN JESÚS CHÁVEZ

Nació en la Navidad de 1999 en Monterrey, Nuevo León. A pesar de compartir cumpleaños con el hijo de Dios sus cuentos no podrían estar más alejados de lo celestial. Estudiante en la Facultad de Psicología de la UANL, donde se desarrolla desde el ámbito de la clínica psicoanalítica. En el 2020 logró formar parte de la segunda generación del Centro de Creación Literaria, hasta el día de hoy no queda claro si el mérito es de él o de algún pacto con entes desconocidos.

DONNOVAN YERENA

De Morelia, capital del estado de los pescadores. Estudiante de Letras Hispánicas fuera del agua. Formó parte de la segunda generación del Centro de Creación Literaria de la Casa del Libro de la UANL. Anteriormente obtuvo el primer lugar en el Certamen de Literatura Joven Universitaria UANL con un cuento sobre añoranza y té. En la actualidad, con eso sobrevive en la gran ciudad de las montañas. Certero creyente de que todas las historias son peces pero solo aquellas que se escriben, jamás serán pescados.

ARICKO CARRASCO

Nació en 1996 en Chihuahua, México. Cursó el bachillerato en Artes y Humanidades en el plantel del CEDART, David Alfaro Siqueiros, con especialidad en Literatura Universal, después se mudó a Monterrey

para cursar la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la Universidad Autónoma de Nuevo León, donde paralelamente se desarrolló como fotógrafa y otros oficios secundarios. Desde la edad de 15 años mantuvo un blog donde publicó poemas y bitácoras personales; en segundo de secundaria ganó el tercer lugar regional en declamación de poesía y a sus 17 años fue juez en el concurso de cuento estatal “Don Quijote te invita a leer”. En febrero del 2020 fue seleccionada como parte del Centro de Creación Literaria de la Casa del Libro UANL. Durante el mismo año obtuvo el primer lugar en el Certamen de Literatura Joven Universitaria UANL, con una pequeña compilación poética llamada *Las aves me persiguen*. Además de su temprano interés literario, siempre gustó del activismo medioambiental y en pro de los animales, contando con distintas capacitaciones en el área de educación ambiental, así como premios por parte del INBA en proyectos de equidad de género.

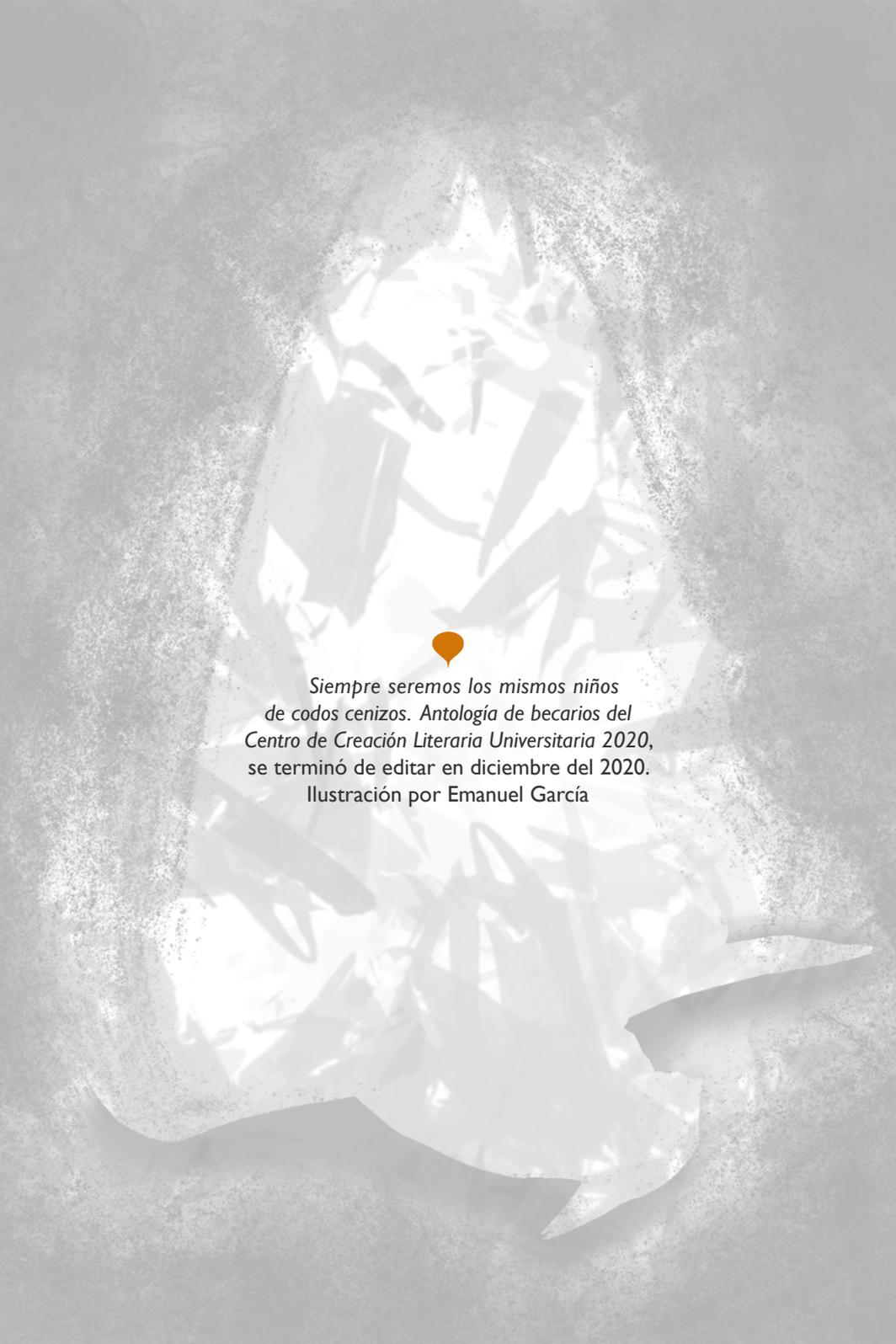
IXCHEL ROBLEDO

Nació en Monterrey en 1997. Es egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL en la licenciatura de Letras Hispánicas. Ha colaborado con publicaciones como Revista *Levadura*, Revista *C2* y *Espora* Revista de Arte y Literatura con trabajos mayormente encaminados a la teoría feminista y de género. También es fundadora del colectivo para la acción comunitaria “Culturea”, y fue una de las ganadoras del VII Encuentro de Jóvenes Investigadores en el Estado de Nuevo León. Formó parte de la segunda generación del Centro de Creación Literaria Universitaria 2020 de la Casa del Libro de la UANL.

OSVALDO IPIÑA

Nació en Monterrey en 1995, con la convicción familiar de que sería contador descubrió la literatura en la preparatoria, donde junto con otros compañeros y su maestro de Etimologías Latinas iniciaron el taller de Expresión Oral y Escrita, al cual perteneció durante

dos años para después inscribirse a la licenciatura de Filosofía y Humanidades en la UANL, carrera que dejó trunca por su sueño de ir a estudiar a la escuela de Escritores en Coyoacán, pero la paternidad lo haría quedarse en el estado de Nuevo León e iniciar la licenciatura de Letras Hispánicas, que ya casi termina. En 2016 firmó el manifiesto digital de Tinta Chida para comprometerse a ser escritor y vivir de la escritura. Desde esa fecha ha asistido a cuantos talleres de escritura y charlas con autores se le han acomodado a su horario. En 2020 participó en su primera convocatoria del Centro de Creación Literaria Universitaria en el cual fue seleccionado y ha hecho posible esta publicación.



*Siempre seremos los mismos niños
de codos cenizos. Antología de becarios del
Centro de Creación Literaria Universitaria 2020,
se terminó de editar en diciembre del 2020.*

Ilustración por Emanuel García